

La muerte del conquistador

I

De muerte natural como Dios manda, piadosamente en su casa y en la cama con unción de santos óleos y en paz, no murió ninguno o casi ninguno de los conquistadores o exploradores que arribaron a las Indias Occidentales —luego bautizadas América—, sino que murieron de forma violenta, en combates; muertos por indios o por su propia gente, muertos de hambre, comidos caníbalmente, ahogados en mar y ciénagas; yertos en los neveros, ahorcados, decapitados, víctimas de sacrificios rituales, locos, descuartizados, olvidados, y puede decirse de aquella primera tanda ansiosa de gloria, riqueza y obcecada por la emoción del enigma o su sentido de la historia, predecesora de políticos y covachuelistas, que al menos pagó su culpa de agresión/expansión fatalizadas con lo máximo que poseía: la presta vida.

II

«Todos los españoles que pasaban a las Indias Occidentales —escribía en el siglo XVII fray Prudencio de Sandoval— como por la mayor parte no llevaban otro cuidado de más que hacerse ricos (...) ni entendían en otra cosa que en llegar dineros y procurar volverse ricos a sus casas, para gozar de ellos en la dulce patria, deseo natural a todos». El obispo Sandoval hace el exordio para exaltar la hazaña de Cortés¹. A nuestro propósito conviene retener ese «deseo natural a todos» cual es el de volverse ricos y gozar de gloria en la dulce patria, imagen correcta en cuanto a las pretensiones lógicas y aparentes del conquistador y de toda clase de individuos y empresas humanas.

De haber ocurrido así y verificado el regreso de la inmensa mayoría de conquistadores valientes y turbios a la dignidad apacible de la casa solariega y el lujo cortesano, pertrechados de oro y memorias arrogantes, entre plácemes regios, y envejecer bajo protección de escudo nobiliario tras el destripamiento de indios salvajes y bárbaras culturas paganas, o morir naturalmente en blando lecho con dosel entre deudos y

¹ *Prudencio de Sandoval: Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V, BAE, tomo LXXX.*

santos auxilios, es probable que los fantasmas del remordimiento histórico tuvieran alguna razón de ser. Y la conmoción dramática que producen los conquistadores carecería de muchas de sus legitimaciones. La muerte violenta —no siempre aguerrida, a veces vil— resta posible repulsión al regodeo miserable que produce el éxito total sobre un victimario inocente (respecto al invasor, no entre sí) compuesto de esclavitud y expolio y culturas desmanteladas, como viene ocurriendo desde los primeros balbuces civilizatorios mesopotámicos miles de años antes de Cristo, dicho sea de paso.

Esa misma muerte parece el requisito indispensable para entrar con cierta justificación elegíaca en la esfera de las causas perdidas expiatorias, las pasiones irredentas, los ribetes del mito y la ciega fatalidad del sino. En otras palabras, la muerte violenta de los conquistadores —sobradamente conocidas pero que nosotros aquí hemos coordinado un poco—, como en el teatro griego clásico, participa liberadoramente del «saber trágico» al modo en que lo estudió Jaspers. Para manifestarse requiere no sólo «la ruina de la vida como existencia, sino la frustración de todo fenómeno de perfección»².

Con independencia del capitán Arana y sus 38 hombres, primeros muertos en tierra cronológicos de la conquista que Colón supo en el abatido fuerte de Natividad a su regreso a América en el segundo viaje, tan distinto al idilio de las islas paradisíacas pobladas por los buenos salvajes del asombroso viaje iniciático, podemos aproximarnos con algunos ejemplos descritos en su pura elementalidad a ese vasto suceder de incongruencia y desdicha.

Citar el desenlace luctuoso e iracundo del conquistador consagrado por rango y hazaña suele comportar también el exterminio de numerosa tropa y gente subordinada. El gobernador de la Española, Francisco de Bobadilla, el mismo que le echó los grillos a Colón y a sus hermanos y los devolvió presos a la metrópoli, se ahogó en el mar con 300 hombres y un tesoro. En las guerras del Perú hubo feroz carnicería de cristianos contra indios, de indios contra cristianos y de cristianos contra cristianos. Es lo más llamativo respecto a cualquier intento de consideración moral. El hecho de que los invasores se mataran entre sí y los invadidos se mataran también entre sí destierra toda posibilidad de coherencia en orden a administrar juicios morales. No sé hasta qué punto la muerte violenta exime del juicio moral, pero sin duda lo complica.

Juan de la Cosa, el cartógrafo de Santoña, propietario de la carabela *Santa María*, que acompañó a Colón en los dos primeros viajes e hizo el primer mapa de los descubrimientos, murió flechado por los indios en las costas caribeñas, junto a otros 70 españoles. Diego de Nicuesa, gobernador de Castilla del Oro y rechazado por sus compatriotas, murió ahogado. Juan Ponce de León, tan famoso al haberse dejado embaucar por uno de los sueños universales —la fuente de la eterna juventud, sugestiva como El Dorado o la Ciudad de los Césares—, puso nombre a Florida, la exploró, la intentó colonizar, y de allí se llevó la flecha ponzoñosa que habría de matarlo a poco en Cuba.

² Karl Jaspers: *Esencia y formas de lo trágico*, Sur, Bs. As., 1960. En la obra de arte lo trágico por definición no pertenece a la esfera cristiana, pero en la realidad los conquistadores ostentan la paradoja de un destino trágico siendo todos cristianos.

Juan Díaz de Solís, lebrijano —la misma villa sevillana que alumbró a Antonio de Nebrija, también conquistador a su modo (de la lengua castellana, que tiene más calibre expresivo que el filo de la espada)—, descubrió el inmenso estuario del Río de la Plata, que no era aún el anhelado paso entre los dos mares y que, además, le costó la vida. En un desembarco con pocos hombres para reconocer la ribera fue capturado por indios charrúas y tal vez comido a la vista de las carabelas fondeadas, que no pudieron impedirlo (nada impide tampoco generalizar los casos de canibalismo, con la diferencia de que los indios comían carne humana por un caso de cultura, y los cristianos por un caso de necesidad).

Tras una expedición esforzada y punitiva por selvas y sierras panameñas, Núñez de Balboa descubrió la mar del Sur y, antes de tomar posesión de lo que luego se conocería por océano Pacífico, esperó —a esto se le puede llamar «paciencia de plenitud»— a que llegara la marea. Enemistado con el gobernador Pedrarias Dávila, se casó no obstante con la hija de éste, pero por trágicos avatares maledicentes y celos de gobierno, el suegro lo mandó degollar junto a algunos de sus hombres. Pedrarias hizo lo mismo en otro momento con Francisco Hernández, explorador de Nicaragua. Rodrigo de Bastidas, fundador de Santa Marta, Colombia, murió traicionado por sus hombres, que le asestaron cinco puñaladas.

El portugués bajo pabellón castellano, Fernando de Magallanes, inició la navegación hacia las islas de las especias, descubrió el anhelado estrecho de su nombre (milagro que hoy no se conozca por el estrecho de Drake, que lo atravesó después, en una segunda vuelta al mundo, pues resulta curioso, entre otros avatares no ignorados, que ni América tomara el nombre de Colón ni el Pacífico el de Balboa) y murió en combate alanceado por los isleños. En la misma expedición iba el vasco de Guetaria Juan Sebastián Elcano. Tras infinita hambre y escabechina de hombres se alzó con el mando de la nao *Victoria*, y Dios lo alumbró para regresar a España por ruta contraria a la de salida. Esto supuso la primera vuelta al mundo y la demostración práctica de su esfericidad. Elcano obtuvo a cuenta del emperador Carlos V las distinciones merecidas. Tras la hazaña, el sufrir inapelable y la enorme dimensión del pèplo, es de suponer que Elcano entrara en la inercia de la gloria y acabara sus días en un rincón bucólico de sus verdes montes. No. Atacado de hambre y escorbuto, murió navegando otra vez por el Pacífico. Iba en la desgraciada segunda expedición a las Molucas que, al mando de fray García Jofre de Loaysa, también muerto junto a la mayoría de hombres y el destrozo de naves, no pudo desdeñar en sus intentos de supervivencia ingerir como alimento orina y piojos. En la experiencia única circunavegatoria aquellos obsesos en sus cáscaras de nuez royeron el cuero de los palos y se cotizaban las ratas a precio de oro.

Un Vázquez de Coronado, Juan, adelantado y gobernador de Costa Rica, murió en naufragio, como tantos —Pánfilo de Narváez, que se rebeló contra Cortés y quedó tuerto; Diego de Ordás, escalador del volcán Popocatepetl—, larga relación en cierto modo lógica: antes que pantanos, hambrunas, fiebres, fríos y flechas envenenadas ha-

bía que vencer el mar, primer obstáculo imponente e imprevisible. Resulta extraordinario que el mayor sufridor de naufragios, el protagonista cumbre de esta clase de catástrofes, Cabeza de Vaca, no pereciera precisamente en uno de ellos.

A Pedro de Alvarado, protagonista de la «noche triste», conquistador de Guatemala, discolo y ubicuo entre los dos focos principales de la odisea, México y Perú, le cayó encima un caballo despeñado y lo mató. Antes de morir le preguntaron qué le dolía: «El alma», dijo. De las más importantes penetraciones en lo que hoy es territorio de EE.UU se considera la de Hernando de Soto. Descubrió el Mississippi y contrajo una fiebre que lo mató en Arkansas, no sin antes perder 250 hombres y 150 caballos. Para los indígenas era el «hijo del sol» y, por tanto, inmortal. Su tropa no quiso que los pieles rojas perdieran esa convicción disuasora, exhumó el cadáver y lo llevó de noche en secreto al «padre de las aguas», en cuya corriente profunda fue sepultado el hidalgo extremeño, pábulo de leyendas.

Asimismo de malaria, paludismo, escorbuto o sífilis se extinguió en el fluido mefítico de su gesta el más esforzado explorador del Amazonas, Francisco de Orellana. De regresó a España de su grande y fracasada empresa, concluyó en el mar la vida del autor de la primera fundación de Buenos Aires, Pedro de Mendoza. Su capitán Ayolas, lanzado a explorar el Paraná, muere a manos de indios, y también Salazar de Espinosa, lanzado tras Ayolas. Le dio tiempo a fundar un fuerte. Hoy es Asunción, encomiada capital del Paraguay y primitivo centro de irradiación para el estuario del Plata. Adelantado en la exploración de la ruta Alto Perú-Paraguay y fundador del primer enclave de la boliviana Santa Cruz de la Sierra, Nufrio de Chaves llegó en son de paz a un poblado donde estaban reunidos ciertos caciques. Lo acogieron bien. Cuando Chaves se quitó la celada y se dispuso a reposar en hamaca, un cacique le dio tal golpe con la macana que le echó fuera los sesos y lo dejó cadáver. Siguiendo la misma tónica, aunque ya en la última fase del siglo XVI, Juan de Garay, autor de la segunda —y válida— fundación de Buenos Aires (y de Santa Fe), será atacado y muerto por los guaraníes mientras en altruista expedición de socorro a compatriotas duerme a orillas del río Paraná. Otro tanto le ocurrió a García de Loyola, el que prendió al inca Tupac Amaru.

Cristóbal de Olid, poblador de Honduras, traicionó la confianza de Cortés, se erigió en jefe de las regiones a las que fue enviado e hizo prisioneros a sus perseguidores, pero éstos en una cena lo agarraron por las barbas y lo acuchillaron, si bien moriría degollado en ajusticiamiento público. Conquistador de Nicaragua, fundador de Granada y León, Francisco Hernández de Córdoba (no confundir con el descubridor del Yucatán), corrió una suerte ya familiar: cabeza cortada por orden de Pedrarias, el sin duda feroz gobernador de Panamá. Sebastián de Belalcázar, por conflictos territoriales y de gobernación, ejecutó a Jorge Robledo, fundador de Antioquía. Su acción le costó condena a muerte, con derecho de apelación. Camino de España, murió en Cartagena de Indias. Robledo y otros culpables fueron inhumados en una casa a la

que se prendió fuego y roció de sal, pero de todas formas la indiada los desenterró y comió.

No es del todo necesario multiplicar los ejemplos. Evidentes son el maleficio, la codicia, el esforzamiento épico, la sistemática violencia y la muerte dilapidada, todo en versión libre no maniqueísta. La mayoría gastó su hacienda en la organización de la empresa. Puestos a gastar en demanda de riqueza y desmesuras, gastaron también salud, fe y la vida. El que volvió rico —lo hubo—, o se quedó medio neurasténico en la metrópoli o nuevamente emprendió el camino de Indias atrapado en un hechizo de rango superior al de los bienes materiales, aunque a veces la crueldad y el delirio parecen retrotraernos a la paranoia del tiempo moderno, que es el peor, como se dio en Lope de Aguirre, llamado el *Azote de Dios*. Él se llamaba a sí mismo más dulcemente el *Peregrino*.

Aguirre, en principio domador de potros, formó parte de la bien nutrida expedición que al mando de Pedro de Ursúa se fue a la exploración del Marañón/Amazonas y descubrimiento de El Dorado. El amotinamiento de la tropa, entre la asfixia del calor, el hambre, las almadías podridas, la matanza de indios, la desorientación fluvial acechada por caimanes y mosquitos, segrega otra cadena de crímenes. El mejor expositor es el propio maese de campo Aguirre en la tan espantosa como sincera carta a Felipe II: «...y yo maté al nuevo rey y al capitán de su guardia, y al teniente general, y a cuatro capitanes, y a su mayordomo, y a un su capellán, clérigo de misa, y a una mujer de la liga contra mí, y a un comendador de Rodas, y a un almirante y a dos alféreces, y a otros cinco o seis aliados suyos; y nombré de nuevo capitanes y sargento mayor, y me quisieron matar, y yo los ahorqué a todos»³. También mató apuñalándola a su hija, Elvira, para evitarle humillaciones, y él mismo, qué menos, fue muerto por arcabuz y descuartizado a manos de la fuerza de castigo mandada por Diego García de Paredes, hijo, el cual tampoco dejó de perecer en una emboscada cuando iba a tomar posesión de su nuevo cargo de capitán general de Popayán.

III

Podemos cubrir esta tortuosa tumba, tan esquemáticamente como se ha venido diciendo, con la losa infernal del Perú, descrita ahora por López de Gómara, que dice en un alarde de sobriedad: «De cuantos españoles han gobernado el Perú no ha escapado ninguno, excepto Lagasca, de ser por ello muerto o preso, lo cual no se debe echar en olvido»⁴.

Francisco Pizarro, conquistador del Perú y fundador de Lima, y sus hermanos, degollaron a su antiguo compañero de hazañas Diego de Almagro, y el hijo de Almagro, homónimo, hizo matar a Pizarro, que ya de 70 años y marqués murió peleando espada en mano; el licenciado Vaca de Castro, enviado al Perú de gobernador para corregir rencillas, liquidó al hijo de Almagro; Núñez de Vela, primer virrey del Perú, partida-

³ Incluida en la crónica del soldado y cronista Francisco Vázquez, BAE, tomo XV.

⁴ López de Gómara: Historia general de las Indias.

rió de recortar privilegios a los conquistadores, metió preso a Vaca de Castro, pero Gonzalo Pizarro, en rebelión contra la corona, le cortó la cabeza a Núñez de Vela, y Lagasca, un clérigo, presidente de la Audiencia y futuro obispo de Palencia, puso a Pizarro en el patíbulo, también a Carvajal el *Demonio de los Andes*, los dos ahorcados y descuartizados. Cuando se le leyó la sentencia a Carvajal dijo: «Basta, matar». Otro Carvajal, Juan, asesinó y suplantó a Felipe de Hutten, gobernador de Venezuela. Pagó con la horca y antes fue arrastrado por un caballo. Valdivia, conquistador de Chile y fundador de Santiago, preso de los bravos araucanos, murió torturado. «Hallaréis que han muerto más de 150 capitanes y hombres con cargo de justicia, unos a manos de indios, otros peleando entre sí, y la mayoría ahorcados» (Gómara). Puede servir de buen epitafio.

No se trata de estadística y valga el material acopiado, que es un pálido muestreo. A las virtudes y defectos usuales del conquistador —espíritu de empresa, valor, codicia, fe, tenacidad, improvisación frecuente de aptitudes más guerreras que militaristas—, si quisiéramos atrapar un siempre fugitivo arquetipo⁵, habría que añadir el catalizador de la muerte airada, que fija una dimensión del fracaso propicia a la génesis sacrificial del mito heroico por vía de la voluntad que no deserta y reordena el caos circunstancial y caracteriológico. En cualquier caso, puede inducir a una catarsis y al cumplimiento de la ley cuya pertinacia la consagra. Quizás así obren razones para enfrentar la conmemoración del descubrimiento, entre otros modos y además de la expositiva convergencia técnica, industrial y cultural de los países, con el matiz que recuerde la abstracta o idealizante dignidad del canto romancesco, le otorgue un nuevo clasicismo nada triunfalista, por cierto (recuérdese la frustración de todo fenómeno de perfección), y permita dicotomizar breves segundos las crudas realidades actuales del subdesarrollo y los trastornos políticos, igual aproximadamente a como pensamos y actuamos cuando la irreversibilidad del tiempo y los ulteriormente consagrados determinismos de la historia liberan su aroma de áspera leyenda y se inscriben en el lado oscuro de la condición humana. Por lo demás, según apuntó Nietzsche, nada fatiga tanto como el aspecto de un perpetuo vencedor. En el caso de los conquistadores españoles y con independencia de todas las grandezas y crueldades que se les quieran atribuir, no cabe duda de que en el pecado llevaron la penitencia, un pecado que incluía las armas de fuego, el caballo, el perro de presa, la instrumentación técnica más avanzada, pero también corazones para aullar de miedo, de hambre y de frío y reventar dignamente.

⁵ Carlos Pereyra, entre otros, hizo una compilación, interesante por su pluralidad libre de prejuicios, en *Las huellas de los conquistadores*, Madrid, 1929 (Porrúa, México, 1986), y Francisco Morales Padrón: *Historia del descubrimiento y conquista de América*. Ed. Nacional, Madrid, 1981.

Eduardo Tijeras